

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Hño I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Madrid, 17 de Enero de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.

Núm. 3.º

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez.

CRÓNICA

¡¡Loado sea Dios!! Ya se abrieron las Cortes, —ó ya se abrió las Cortes, como algunos pretenden que debemos decir, para decirlo bien; aunque á mí me parece que diciéndolo así, lo diríamos mal;—ya reanudaron sus tareas los representantes del país en la Cámara alta y en la otra Cámara que no es la alta, pero á la que no me atrevo á llamar baja, no vaya á tomarse como irreverencias. La verdad es que la gran masa del país no las echaba mucho de menos; pero á los que de la política y por la política y para la política viven, parecía como si les faltase algo; ahora están ya tan orondos y tan satisfechos; pueden comentar los acerados é ingeniosos epigramas de Silvela; las travesuras y los atrevimientos de Romero; los arranques impetuosos de Cánovas; las amenazas de D. Práxedes, y todo esto hermosa y ameniza la asistencia de los aficionados que no tienen muchas cosas en qué pensar.

Con la reapertura de las Cortes han coincidido casi, los acontecimientos de Jerez; acontecimientos que, á estas fechas, no se ha explicado nadie todavía. A última hora se habla de una prisión muy importante, la de un barbero, que, según parece, es uno de los directores del movimiento; no discuto la importancia del hallazgo, ni quiero quitar al barbero las preeminencias de su jefatura; pero si no entiende más de rapar barbas que de dirigir movimientos anarquistas, no les arriendo la ganancia á sus parroquianos.

Aquellos anarquistas, ó lo que fueren, porque eso del anarquismo es un suponer y aún no está bien averiguado; aquellos anarquistas, repito, que andan libremente por las calles de Jerez durante algunas horas, que asesinan (voy hablando de lo que he leído en los periódicos) á dos ciudadanos inofensivos que encuentran á su paso, y que á esto limitan sus hazañas y no llevan más adelante sus fechorías; que van y vienen, y tornan y vuelven, de la cárcel al cuartel, y del cuartel á la Casa Consistorial, con el solo propósito, al parecer, de que los maten; serán todo lo anarquistas que Uds. y ellos quieran, podrán ser *nihilistas*, y hasta *cataclimistas* y todos los istas del repertorio; pero dieron muestras de estar efectivamente dirigidos, no por un barbero, sino por alguien que entendía tan poco de promover algaradas como las autoridades de Jerez entienden de reprimirlas.

Porque los revolucionarios de Jerez no hicieron estropicios de mayor cuantía, eso no; y aparte de los asesinatos, que acaso fuesen hechos aislados, completamente ajenos al movimiento, nada se cuenta de ellos sino que dieron voces y se pasearon á sus anchas; pero según se advierte por las relaciones que de allí nos llegan todos los días, pudieron haber causado, sin que nadie les fuese á la mano, una noche de sangre y de luto á la riquísima ciudad andaluza. En los casinos, en el teatro, estaban las gentes muy tranquilas y muy ajenas al peligro que corrían, y á todo esto la tropa en el cuartel, y la autoridad no sé si en la cama ó en el Ayuntamiento.

Pero hay quien, por lo que se refiere á la autoridad militar, explica lo sucedido de esta manera:

«Ha ocurrido que en Jerez se temía inciertamente la acometida de esos anarquistas; y la autoridad, de acuerdo con la civil, tomó precauciones *por si acaso*, y con tal acierto, que reforzó la guardia de la cárcel y estableció retenes en los cuarteles.»

«Tomadas las disposiciones, entraron los

anarquistas, y á la primera descarga huyeron como demonios ante la cruz.»

Bueno, corriente, huyeron..... ¿Y si no hubieran huído? ¿Y si no hubiesen ido al cuartel? Porque precisamente en el cuartel era donde menos tenían que hacer los anarquistas.

Sucede en esto lo que en todo: «Pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro»; unos dicen que las autoridades de Jerez obraron con la cautela necesaria y se



MEHEMED TEWFIK, JETIFE DE EGIPTO

† el 7 de Enero de 1892

(Dibujo de Angel, tomado de una fotografia.)



Alejandro Ferrant y Fischermans lo pintó.

PUERTA PRINCIPAL DE PALACIO EN DÍA DE RECEPCIÓN.—MADRID

condujeron admirablemente; otros afirman que las autoridades procedieron con torpeza y con poca previsión: en lo que todos convienen es en que los amotinados no supieron por dónde andaban, ni qué pretendían, ni á quién buscaban. ¡Y más valió así!

**

Entretanto, la indisciplina cunde en las huestes de los partidos políticos de orden; los canovistas, solicitados bajo mano por Silvela y por Villaverde, acabarán por dar gravísimas desazones al jefe, hasta ahora nunca discutido, de esa agrupación, y aun hoy mismo ya se las están dando. Los sagastinos hace bastante tiempo que murmuran de la invencible apatía, de la peligrosa inercia de su director. Unos y otros se aprestan para la campaña política iniciada el día 12, y de la cual, pueden Uds. asegurarlo como si lo vieran, no sacaremos nada en limpio.

Y lo peor del caso, á todo esto, es que el dinero anda por las nubes y que los tahoneros se proponen subir el pan.

**

Como la campaña política, que se anuncia, ha de ser estéril; como la campaña económica ya comenzada lleva trazas de ser desastrosa, hay que buscar en las noticias de la campaña teatral compensación y consuelo á tantas aflicciones.

Y efectivamente, las noticias que en ese concepto llegan á mis oídos son en realidad consoladoras: la empresa del Español cuenta con una obra, terminada ya, del gran Echegaray, el cual se ha inspirado en un drama de Ibsen; en la Comedia, además de la obra de Gaspar, se prepara la novedad de presentar un trabajo dramático de Pérez Galdós; en la Princesa ensayan á toda prisa *Thermidor*, de Sardou. Veremos si en el arte hallamos recursos para mitigar las amarguras de la política y de la... economía.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

UN HUMANISTA REVOLUCIONARIO

(Conclusión.)

Expresadas tales ideas en clásico latín y esparcidas entre las clases que podían leerlo y alcanzarlo, comenzaba la Reforma protestante, ó mejor dicho, la revolución religiosa como comenzó más tarde la revolución francesa, por medio de la aristocracia. Todas las clases superiores decían que los sacramentos, que la confesión, que el celibato, que el pontificado, que las órdenes religiosas eran puro invento de los hombres y no creaciones de los Santos Evangelios. Todas las clases superiores vejaban con duras y acres palabras á los sacerdotes que pasaban su vida pidiendo al pie de su trono cuartos para su Iglesia. Naturalmente, la ilustración aprendida en el Renacimiento, criticaba con dureza que se hiciera de Cristo un caballero andante; que se trocara el Empíreo en una corte de amor presidida por la Virgen María; que se defendiera el número de ángeles con la idea positivista y utilitaria de que si los reyes del mundo tenían muchos ministros, necesitaba tener más el Rey de los cielos, confundiendo de esta suerte con aquel Júpiter olímpico, el cual había menester para su regalo y para su servicio de tantos dioses menores. La idea del diablo disgustaba también á muchas conciencias timoratas, sublevadas contra el predominio á su poder atribuido por aquellas supersticiones arraigadísimas, las cuales creíanle ver en la hermosura de las antiguas estatuas, en la grandeza de los clásicos monumentos, en la poesía de los mayores poetas, en la ciencia de los mayores filósofos, en todo cuanto no había visto ni oído al Salvador, con lo cual extendían los dominios del infierno y los dilataban mucho más que los dominios de la Iglesia. El diablo llenaba los aires; el diablo mordía con las picaduras de los chinches y de las pulgas; el diablo llamaba á otros diablos con los hipos y con los estornudos y con las toses; el diablo tentaba á los hombres á cada paso; el diablo tenía un reino mayor que el reino de los cielos. Hasta hubo quien se tragó un diablo y lo tuvo en el cuerpo y lo llevó consigo toda la vida por haber comido un día de Pascua gajos de granada y rajas de melón. Y además de los diablos había las brujas, las cuales, en cuanto el campanario sonaba la media noche, montábanse sobre un palo de escoba untado con manteca de niño recién nacido y se iban por los aires á cohabitar con Satanás y los príncipes infernales, adquiriendo los maleficios que daban mal de ojo á las personas más santas, que endiablaban á las abadesas más respetables, que hacían malparir á las matronas más beatas, derramando toda suerte de calamidades y de plagas sobre las conciencias y sobre las tierras. ¡Cuántas infelices no murieron en las hogueras por creerlas brujas, untadas con enjundias, unidas en matrimonio á los diablos, encantadoras y hechiceras! Así, las inteligencias más elevadas dolfanse de que la idea del demonio hubiera he-

cho del catolicismo una especie de religión persa; y la idea de las brujas y hechiceras hubiera hecho del catolicismo una religión mágica; y la idea de los innumerables santos hubiera hecho del catolicismo una religión politeísta. El gran políglota y filósofo Luis Vives, en sus comentarios á la ciudad de Dios, duélese de que la mayoría de los cristianos adoren los santos, ni más ni menos que los latinos y los griegos y todos los paganos en general adoraban á los antiguos dioses. Las leyendas falsas se multiplican como los seres fantásticos. Santos que jamás han visto ciertos países, tienen á porfía en ellos viviendas y sepulturas inventadas por el sórdido interés y admitidas por la cándida superstición. Aquella Ursula, en cuyo honor se levanta la inmensa fábrica de Colonia, que por huir de un matrimonio pagano se va al mar y navega durante años enteros, en compañía de once mil vírgenes degolladas más tarde todas ellas por los hunnos, resulta luego en las adquisiciones de una sabia crítica, según los accidentes de su vida y hasta las desinencias de su nombre, una diosa germánica. ¿Y qué decís de las reliquias? Durante mucho tiempo, como se desconociera la geografía de la Roma católica, y el sitio de las catacumbas, adoráronse como reliquias de los mártires los huesos de los paganos, que habían perseguido y acosado á los mártires, y hasta las ternillas de los tigres y de los leones que se los habían comido. Los historiadores cuentan diez ó doce cráneos de San Juan Bautista. Un cura de Sens enseñaba la vara de Moisés, un sacerdote de Génova la barba de Aarón, la ciudad de Vendome una lágrima de las que Cristo vertió en el huerto. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar todo cuanto se encerraba de su persticioso, de embustero, de fanático, de contrario á la pureza cristiana, en todas estas fábulas que, tan falsas como las fábulas paganas, carecían por completo de su inspiración y de su poesía.

Así los grandes hombres del Renacimiento prestaban un verdadero servicio, cuando al estudiar los tiempos antiguos, al inquirir sus obras literarias y científicas, al resucitar sus sabias lenguas, demostraban que la eterna revelación no podía contenerse en una sola dogmática, y que los reveladores no podían ser tan solo estos ó los otros sectarios, sino, en cierto grado y en cierta medida, todos cuantos han contribuido á traer un átomo de la eterna verdad á la conciencia, un reflejo de la divina hermosura á la tierra. Todos ellos, resucitando las sociedades antiguas, rehaciendo la vida universal, reanudando el hilo de la historia, daban al hombre una idea mayor de sí mismo, y dando al hombre una idea mayor de sí mismo, engrandecían y elevaban en la conciencia humana la idea verdadera de Dios. ¿Quién no admira aquel Rodolfo Agrícola, verdadero revelador de las bellezas antiguas de Grecia y de las bellezas modernas de Italia en la nebulosa Germania? ¿Quién no reconoce los servicios prestados por Ecolampadio en el cultivo así del griego como del latín? ¿Quién no ve en Camerario, prelado de Worms, uno de los más diligentes restauradores de las letras? El mundo admira todavía los talentos de aquel Reuchlin, que siendo muy mozo, á instancias de Argirópulo, improvisó una magnífica arenga, explicando los méritos y los textos de Tucídides. En alas de este ingenio soberano, la Grecia antigua pasó los Alpes é iluminó con su luz inmortal y vivificadora los nebulosos horizontes de Alemania. Nadie copió como él en su tiempo, los caracteres griegos; y nadie como él tradujo y reveló á los clásicos autores de la hermosísima antigüedad helénica.

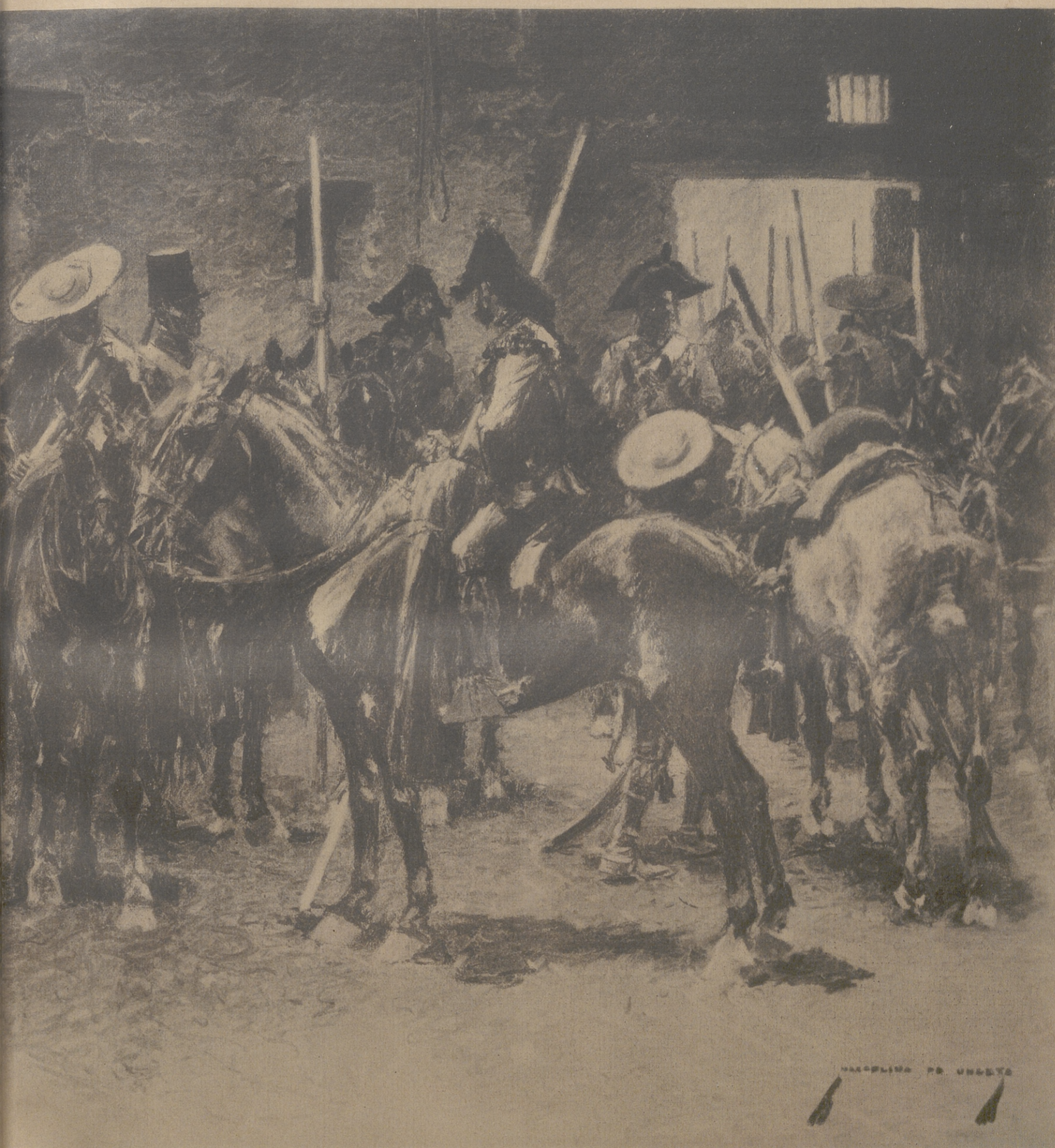
Pero, en verdad, siempre que se trata del Renacimiento germánico, hay que volver los ojos al hombre á quien describimos en estas líneas, hay que volver los ojos al holandés Erasmo, no porque los literatos le consultaran, no porque los reyes le oyeran, no porque tres ó cuatro correos venidos de tres ó cuatro Imperios guardaran constantemente sus cartas á la puerta de su modestísima casa de Basilea, no porque los primeros perfeccionadores de la imprenta aguardaran las pruebas de sus obras y las recorrieran todos los días, no porque improvisara sobre materias innumerables aquellos artículos y aquellos tratados que tenían algo de la ligereza y de la gracia y de la prontitud y de la variedad de nuestros periodistas contemporáneos; no por todas estas raras ventajas y cualidades, sino por haber comprendido antes que nadie en Europa cómo una sociedad nueva que dobla el espacio con los descubrimientos de América y de Asia, que dobla la vida con la resurrección de Atenas y de Roma, que poseía un instrumento como la prensa, que acababa con un régimen como el feudalismo, había menester, para alcanzar la verdadera grandeza, una reforma religiosa, la cual, sin herir lo esencialísimo al dogma, destruyese tantas supersticiones como adulteraran y pervirtieran los presentes y las revelaciones del cielo. Hay más de una analogía entre la obra inspirada de Savonarola y la obra reflexiva de Erasmo. Salvar el catolicismo por la reforma de las costumbres en el pueblo, y en el clero por la reforma de los cánones, de las instituciones y de la disciplina, quería Savonarola: salvar el catolicismo por la erudición, por la ciencia, por una alianza con las letras antiguas, por una renuncia á las supersticiones más arraiga-

das, quería vivamente Erasmo. La diferencia está en las complexiones distintas, en los caracteres opuestos, en las tendencias contradictorias, en los entendimientos de todo en todo diversos. Pero el fin de su obra y de su vida resulta en ambas dos idéntico. El uno lo busca por el éxtasis y el otro por la razón; el uno por los arrebatos y el otro por las meditaciones; el uno por los milagros y el otro por los argumentos; el uno se acuerda siempre de los demás y nunca de sí mismo; el otro, para dirigir á los demás, se acuerda sólo de sí; por tanto, Savonarola resulta en la historia un profeta y un mártir; mientras Erasmo, un erudito y un egoísta. Pero Savonarola y Erasmo tienden, desde las alturas á donde los ha elevado su genio, los brazos á la Iglesia, y le ofrecen, ó la ciencia ó la libertad, ó las letras ó las democracias, ó la República cristiana ó el Renacimiento literario para defenderse y para salvarse. Erasmo representa en el movimiento religioso, la previsión que precave; la astucia que husmea; el frío juicio que medita; la imparcial advertencia que conmina sin acritud; la severa lógica que busca el enlace de los efectos con las causas, y de las consecuencias con los principios; la moderación que concilia tendencias opuestas; el examen que desecha lo pernicioso y encuentra lo saludable; todo cuanto hasta entonces hubiera podido salvar á la Iglesia; antes de que estallara la inevitable tempestad y viniera el irremisible naufragio. Mas con todas estas cualidades, sobrábale una cosa, su excesiva ironía; faltábale otra, la fe creadora. Aquel hombre no sabía amar como aman los redentores, no sabía sufrir como sufren los mártires, no sabía enardecer, por tanto, como enardecen los profetas. Su elocuencia sabía, correcta, magistral, carecía del fuego de las pasiones, únicas que tienen las virtudes generadoras de obras duraderas en la sociedad y admirables en la historia. Era el término medio incoloro, la vaguedad ecléctica, la cortesía diplomática, la erudición clásica, la doblez completa; no era la fe, no era la abnegación, no era el sacrificio. Por eso, cuando os acercáis á él, sentís el frío que al tocar el mármol; mientras en presencia de Savonarola sentís la hoguera interna en que ha ardo su alma, y la hoguera externa en que ha muerto su cuerpo. Y por eso comprendéis cómo la obra de Erasmo ha fracasado, al paso que no podéis comprender por qué la obra de Savonarola no ha prevalecido. La fe, la abnegación, la grandeza, la vehemencia, las pasiones todas del monje italiano, debieron ser más fecundas; mientras la duda, la indiferencia, la frialdad, la ironía de Erasmo, debían quedar estériles; que el escepticismo no tiene ni hijos ni mártires.

Da tristeza el contemplar los últimos días de este hombre; su mano tendida siempre como para pedir limosna, sus pensiones mal pagadas y perdidas entre las infieles mañas de administradores y de intendentes, toda suerte de enfermedades sobre su cuerpo débil, toda suerte de zozobras sobre su alma atribulada, la soledad y el abandono en que al fin y al cabo cae siempre el egoísta, la incertidumbre así para escoger el lugar propicio de su vida como el lugar digno de su muerte, no queriendo ni pasar por un puro ortodoxo ni pasar por un innovador y por un revolucionario. Sin embargo, ha combatido en esta su existencia, llena de perplejidades, dos plagas que afligían entonces á la Iglesia: el exceso de supersticiones monásticas y el exceso de reacción pagana; y ha defendido al mismo tiempo dos principios saludables: la filosofía cristiana que razonaba el dogma y la vuelta á los tiempos evangélicos que purificaban las costumbres. Ningún crítico ha zaherido con tanta crueldad, ninguno, los hábitos paganos de la Roma de su tiempo y las imitaciones serviles de los predicadores pontificios, conocidos con el nombre de ciceronianos, los cuales no usaban en sus discursos latinos palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida. Y como no usaban palabra alguna que no estuviese en Cicerón contenida, proscribían el nombre de Cristo, comparaban á Julio II con el Júpiter Olímpico, traían á cuento Sócrates ó Aristides, pero jamás los santos, Curcio ó Régulo, pero jamás los mártires; y á Dios le llamaban óptimo, y á la Iglesia asamblea, y á la herejía facción, y al cisma sedición, y al obispo presidente de las providencias, y á las excomuniones interdicción del agua y del fuego, y al Colegio de Cardenales senado de padres conscriptos, y á la vida eterna y á la comunión de los bienaventurados sociedad de dioses inmortales. Realmente, si la Iglesia le hubiera oído, admitiera un poco más la razón en sus dogmas, la ciencia en su teología, el Evangelio en su moral; y desechara tantas y tantas supersticiones como atraían sobre ella el rayo asolador de una revolución inevitable! Mas para hacerse oír, para impulsar, para mover, faltábale el motor de los motores, faltábale el divino y sacrosanto entusiasmo. Seméjase en todo á Voltaire, en la ironía, en la gracia, en el ingenio, en la ligereza, en la universalidad de conocimientos, en el gusto por la polémica, en la tolerancia filosófica y religiosa, en la iniciativa tomada para traer una revolución cuyas consecuencias asustaban al uno y al otro; poco amigos del movimiento y del ruido que engendraban con sus propias palabras, y muy amigos de los Reyes y de los Papas á quienes combatían y denigraban en sus respec-



Dibujo al carbón de M. de Unzueta.



Fotog. J. Laurent y C.²

EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA REUNIÓN DE LOS VAQUEROS QUE SE BATIERON EN BAILÉN



Hor. Lengo.

LA NEVADA.—REUNIÓN DE HAMBRIENTOS



FOTOGRAFÍA DEL NATURAL POR J. LAURENT Y C.⁴

VISTA DEL MONASTERIO DE LA RABIDA

